

para alimentarnos con su propia carne, y vivificar nuestro espíritu hasta el punto de identificarse con nosotros, y «que nos hagamos una misma cosa con Él:» *qui manducal meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet, et ego in illo.* Ignoramos, A. H., si exista algo mas sublime y que mas agrade á Dios que estas manifestaciones del culto católico que á la vez nos son tan provechosas; si lo hay en la tierra que se nos diga.

Sin embargo, no es esto todo. ¿No dirá nada al cielo esta muchedumbre de fieles que se congrega en el templo al oír el misterioso y elocuente tañido de sus campanas? ¿Y quiénes componen esa muchedumbre que llena el ámbito del santuario? ¿qué objeto los ha atraído á este lugar de santificación? ¿qué emociones experimentan en él? ¿y cuál es el efecto de esas emociones purísimas? ¡Ah! yo necesitaria mucho tiempo para responder satisfactoriamente á esas preguntas que entrañan toda la economía del culto exterior que ha sancionado la Iglesia católica, apostólica, romana, verdadera Esposa de Jesucristo, y madre nuestra amantísima. Diré no obstante que esa muchedumbre la forman el menestral humilde y el rico propietario, el labrador y el comerciante, el magistrado y el militar, el artesano y el literato, el anciano y el jóven, el justo y el pecador, el hombre y la mujer. Diré que aquí confundidos en sociedad amigable y caritativa, sin distincion de rangos, de edades, ni condiciones sociales, buscan á Dios para adorarle con todas sus potencias y con todos sus sentidos, con todo su ser, como debe ser adorado; buscan á los santos y á la Reina de todos los santos para venerarlos é invocarlos como á sus intercesores y aprender sus heróicas virtudes, como modelos de toda perfeccion. Diré por último que aquí en el lugar santo, penetrado el hombre de sus imperfecciones y de sus necesidades, se prosterna delante de los altares, y ora fervoroso, y confiesa su pequenez, y se anonada ante la grandeza y magestad de Dios, y en cambio

recibe del cielo luz para su inteligencia, é inefables consolaciones para su corazon, y fortaleza bastante para sobrellevar los males de la vida presente y adquirir los bienes de la vida futura. Aquí hace solemne profesion de todas las virtudes que cree; y aprende, y recuerda todos los deberes á que está obligado. Aquí se estrecha suavemente y sin violencia el lazo social que reúne á todos los hombres, se inspiran todos en los sentimientos de la verdadera fraternidad porque, sin destruir las gerarquías, aparecen todos iguales delante de Dios, y se conserva entre ellos el orden y la paz, y la santa caridad que llevan luego al seno de sus familias y que comunican á los pueblos, y á las sociedades para ser felices; porque necesario es que sepamos que «el culto primitivo, diré con un escritor, formó la sociedad doméstica; el culto mosaico la sociedad nacional; pero el culto cristiano ha formado la sociedad universal de todos los pueblos.»

Amados hermanos míos: ¡quiera Dios que sepamos agradecer el beneficio que nos ha concedido inspirándonos las grandezas y dulzuras del culto católico como el Señor lo prescribe por su Iglesia! Ese culto exterior, dignificado por el culto interno, ya lo sabeis, es un medio digno para honrar á Dios, á quien «se debe todo honor y toda gloria;» sin él desaparecería bien pronto de nuestros corazones el sentimiento religioso que es la vida de nuestras almas, y ofrecido con pureza de intencion, las magnificencias de que se rodea, los cantos sublimes con que se espresa, la grandiosidad de los templos en que se tributa, las bellas artes que de consuno vienen á enaltecerlo, y que tan alto hablan á nuestras almas para acercarlas á Dios de quien proceden y con quien deben siempre estar unidos, todo contribuirá á que sea un culto digno del Ser supremo «á quien debemos adorar, y Él solo servir: *Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.*

Si para llenar, A. M., tan altos é importantes fines necesitais un modelo, mirad á María, nuestra celestial Maes-

tra, y en Ella aprendereis «á servir á Dios en santidad y en justicia por todos los dias de vuestra vida;» á servirle, no solamente consagrándole todas las facultades de vuestro espíritu, sino tambien todos los obsequios de vuestros sentidos. Acerquémonos á esta Señora; corramos llenos de fe y de amor al olor de sus unguentos, de sus admirables perfecciones, aprender en esta materia sus magníficas enseñanzas: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum*, sin que nos detengan los sarcasmos de la impiedad que tanto moteja nuestros venerandos cultos; y despues de tributar estos á Dios por medio de su augusta Madre, merezcamos tributarle otros cultos en el cielo por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON PARA EL DIA QUINCE.

Ventajas de la santificacion de las fiestas, y males que ocasiona su profanacion.

Post te curremus in odorem unguentorum tuorum.

En pos de tí corremos al olor de tus unguentos.

CANT. I.—5.

Reconocida, como no puede menos de reconocerse, la necesidad del culto exterior y público que la Iglesia católica ha santificado, nos vemos obligados, A. H. M., á admitir tambien sus mas legítimas manifestaciones, y entre estas obtiene un lugar preferente la santificacion de los dias festivos. No es esto una invencion humana debida á las apreciaciones mas ó menos aceptables de los hombres. Es que Dios exigió desde el origen del mundo que estos le consagraran á la memoria de sus beneficios, y como espresion de la dependencia en que se hallan el domingo, el día del Señor.

El pueblo judío, al que pertenecia la Santísima Virgen María, no pudo desentenderse, ni se desentendió de ese precepto divino consignado en sus libros santos con estas palabras que leemos en el Exodo: «Acuerdate de santificar el día del Sábado que es el día del Señor tu Dios, el cual bendijo y lo santificó.» De aquí la institucion de sus fiestas, ora por esa orden espresa de Dios, ora por gratitud y piedad para con-